

152/55

1-104
sigue: A-104
brazos disponibles, sean 2.000 dándoles 100.000 unidades por ejemplo y emplear las 10.000 restantes en mantener de limosna á los 500 ociosos. Claro está que el proceso se complica muchísimo, pero tal es su primitivo esquema.

Ahora bien, es cosa sabida que por un maravilloso consorcio el juego contribuye poderosamente á sostener institutos benéficos, esa forma de empleo improductivo de capital es parte á sostener el ejército de reserva. La relación entre el juego y la beneficencia pública tiene raíces más hondas de las que á primera vista aparecen. El juego forma parte de la trama de medios que oponiendo un dique á la demanda de trabajo crean la legión de mendigos y obreros sin empleo, y luego los mantienen con limosna, el juego es una de las armas de que se sirve inconscientemente el genio del capitalismo, que encarna tan bien en el místico D. Juan de Robres.

¡Que se persiga el juego! Pero señor, y si se persigue el juego, que harán los señoritos del Veloz ó del Casino del capital que hoy juegan? Si supriminos el juego en todas sus formas, (lotería, frontones, bolsa, etc., etc.) y si desaparecen las caballerizas y los lujos todos, y los ferrocarriles disparatados, y todo el empleo improductivo y dispendioso, ¿qué se hace de ese dinero? ¿Emplearlo en roturar tierras, en producir artículos de consumo de todos? ¡Qué locura! ¡Todo eso está perdido! El cultivo del campo no ofrece interés bastante llamativo para el capitalista, el terrateniente se llevará la parte del león, y el resto es poco, muy poco. Es cierto que si se cultivaran los baldíos todos y se emplearan los capitales en industrias útiles para todos tendríamos más trigo (en una ú otra forma) y abarataría la vida del trabajador, pero en cambio, disminuiría de una manera aterradora, mucho más de lo que ya disminuye, el beneficio del capital.

Atravesamos tiempos muy malos; los obreros están ensoberbecidos y amenazan en todas partes y entre tanto baja el interés del capital que es una pena.

Si llega un día en que ese interés se reduzca á cero, el día en que la tierra y los instrumentos de trabajo sean de los trabajadores, si llega ese día ¡adiós progreso! ¡adiós libertad! Entonces que trabajo podrá tal vez gozar del fruto su trabajo para ¿y el capitalista? ¡Imposible vivir del cupón! ¡del fruto de los ahorros! ¡qué horrible perspectiva!

Me acuerdo de un burgués arruinado que exclamaba entre sollozos: ¡pobres hijos míos! obligados á tener que trabajar para vivir! ¿qué será de ellos, Dios mío?

Piense bien el lector en la función caritativa y benéfica del juego antes de combatirlo.

Por nuestra parte esperamos con fé en el día de la redención del trabajo. El capitalismo se suicida, el proletariado va adquiriendo conciencia de su razón y su fuerza, la guardia pretoriana de los improductivos que viven de las migajas del capitalismo va avergonzándose de su suerte fatal, sacudiendo su canino servilismo y volviendo contra el tirano las armas que él le dió, y parece que se acerca el día hermoso en que brille la paz del trabajo despues de la última batalla de esta guerra secular, de la batalla encarnizada que se inició el día en que levantó el inmortal Marx la bandera de la gloriosa Internacional de trabajadores.

MIGUEL DE UNAMUNO.
Ea 10 de Agosto de 1894.

Falta el artículo "Dos originales" de "El Nervión" núm. 1242, domingo 19 de agosto de 1894
EJ EL A-106

El Diario de Salamanca
núm. 21

miércoles, 21 de noviembre de 1894

1-105

A-105
CONTRASTE

Con la conducta de las autoridades civiles, sobre todo la del señor Gobernador, distraído en chinchorrerías políticas que á nadie le deben preocupar y que en sí importan al país un comino, contrasta la del señor Obispo tomando la verdadera iniciativa en la cuestión de la epidemia variolosa, cuestión junto á la cual son juegos de chiquillos, sin formalidad ni sentido de la vida, el si ha de presidir á la Diputación fulano ó mengano. Esto no importa despues de todo más que á los mismos interesados, como no sea que el Gobierno, por instrumento del señor Jaramillo, desee preparar una prueba palmaria de la inutilidad de las diputaciones provinciales en su forma actual, entregadas á bizantinismos y flaquezas de la tontería humana, para con esa prueba arremeterlas.

Mientras el alegre señor Jaramillo se divierte con los sainetes de la Diputación y algunos diputados toman en serio su papel más ó menos bufo, se penetra el señor Obispo de lo verdaderamente serio é importante y con su arranque generoso suple las deficiencias gubernamentales. Es cierto que el señor Gobernador está hoy aquí y mañana estará en cualquier otra parte y en su hoja de servicios le contarán más un triunfo político-sainetesco que una campaña contra la muerte, así como es más divertido el sport de la Diputación que el trabajo de pelear contra la viruela. Pero dejemos al Gobernador.

El señor Obispo es quien aquí merece plácemes y alabanzas. Su personalidad ha sido discutida en esta ciudad en varias ocasiones más que á lo que á su autoridad con

152/55



viene, y lo ha sido por causa de todos y muchas veces con sobrada injusticia. Pero lo cierto es que acusa una refinada malevolencia y un espíritu sobrado sutil el atacarla á la sordina porque teniendo en cuenta consideraciones de lugar y tiempo no se conduce en esta ciudad como otros obispos en la suya, ó en estos tiempos como los obispos de los primeros siglos en el suyo.

En cien ocasiones ha demostrado el Padre Cámara el interés que se toma por Salamanca y las buenas intenciones que respecto á ello le animan habiéndose coneguido en alguna ocasión memorable, tal vez por sus esfuerzos resultados por cuyo triunfo hayan acaso cacareado otros. En realidad Salamanca debe considerar que actos como el de ir á emitir su voto en las elecciones municipales, haciendo por su parte lo que pudo, significan más que el que anduviera á todas horas por las calles acariciando á los niños que le salieran al paso, cosa muy santa y buena cuando y donde sea oportuno y natural hacerlo, y si alguna vez le han engañado convirtiendo sus sanos propósitos y su acción noble suele resultar el que parece engañado casi siempre más alto que el engañador.

El Padre Cámara se ha lanzado siempre al campo en que creía hacer bien sin calcular las resultancias posibles, huyendo siempre del espíritu soberbiamente egoísta del armiño que por no mancharse la piel evita pulcramente el fango que no pasa de ella. El señor Obispo ha arrastrado el que le discutan y hagan injusticia antes que dejar de cumplir su deber por conservarse indiscutible. Y á comprendido que no hay esfuerzo perdido, aunque solo se aproveche una mínima parte de él.

Ahora mismo, después de haberse preo-

cupado de proveer á la cultura intelectual del clero, piensa en la salud del pueblo y se cuida de esta más que los administradores que directa ó indirectamente, de un modo ó de otro, se ha dado el pueblo mismo.

El señor Obispo se da cuenta de lo que hoy tiene que ser la Iglesia y de cual es su papel, de consoladora más bien que de doctora de las gentes, de que en la descomposición á que asistimos, cuando se olvida la seriedad de la vida, se convierten en escenarios de inaguantables representaciones desde los Parlamentos hasta los Concejos, cuando al cinismo de los unos responde en los otros ó un escepticismo de impotencia ó el huero intelectualismo de los enamorados de relumbrantes fórmulas vacías, ó las lamentaciones de los que no tienen ya meollo en el alma, el pueblo busca algo sólido y firme, que penetre en sus entrañas, y vuelve en su busca por todas partes los ojos mientras va adquiriendo conciencia de sí mismo y de que en sí mismo tiene su salvación.

Sea cualquiera el papel social que en el porvenir esté reservado, para mayor ó menor tiempo, á la Iglesia, lo indudable es que hoy aparece su misión más grande cuanto más chica la de los gobiernos y los ideólogos; de la misma manera que aquí, en Salamanca, si después de mirar serena y desapasionadamente a la labor del Prelado volvemos la vista á la de los Gobernadores que han venido sucediéndose con sus diversiones, sus majezas y su falta de seriedad, y á los ires y venires y andanzas y cabildeos de los infantiles maquiavelillos de campanario, y á las sesiones de la Diputación y del Concejo, y á los didactismos pedantescos de la pseudo-ciencia que beben en el abrevadero de los extractos los perros del hortelano, nos re-

sultará todo esto último de una pequeñez é insignificancia abrumadora, y los maquiavelillos y los sabios con una vista que no se extiende más que el alcance de su capa.

Hay una diferencia inmensa de vivir del pueblo (alimentando de él el cuerpo, ó la vanidad, ó la distracción ó convirtiéndole en escalera) á vivir para el pueblo, hay una diferencia inmensa, de servir intereses políticos, hoy los más raquíticos ó hueros, ó servir á las *propias ideas*, en cuanto son propias (forma de culto á sí mismo) y servir todo esto sin fé, á servir, de una ó de otra manera, el interés *moral* del pueblo.

UNUSQUISQUE.

